

COMUNICACIÓN COMUNITARIA EN POS DE LA PALABRA Y LA VISIBILIDAD SOCIAL*

María Cristina Mata

Después de estos días en que se han ido compartiendo diversas y valiosas experiencias de comunicación comunitaria, he ido hilvanado algunas ideas en función de lo escuchado y de mis propias experiencias de trabajo.

Y voy a comenzar refiriéndome a una actividad que organizamos en la Escuela de Ciencias de la Información hace poco tiempo atrás, cuando yo era todavía su directora. En el marco de la Feria del Libro que se realiza todos los años en Córdoba, decidimos organizar una actividad en la que no se presentó ningún libro porque lamentablemente hay textos que no se escriben pero merecen ser dichos. La actividad consistió en proponer un espacio que permitiera poner en vinculación una serie de organizaciones sociales de Córdoba con un público mayormente estudiantil –alumnos de nuestra escuela– para hablar acerca de la comunicación. Era casi un libro oral aquél que se nos ocurrió ofrecer. Y a la actividad en cuestión la bautizamos *Del murmullo a la palabra*. Fue así que invitamos a un conjunto de organizaciones sociales muy dispares con un dato en común: todas trataban de hacerse ver y oír en el espacio público local.

* Conferencia ofrecida en el marco de las Segundas Jornadas de Comunicación Comunitaria (Paraná, 8 al 10 de noviembre de 2006; Área de Comunicación Comunitaria - Facultad de Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de Entre Ríos) y revisada para esta publicación.

Algunos de quienes participaron fueron grupos de personas con un débil lazo organizativo: jóvenes de localidades cercanas que habían comenzado a reunirse con algunos docentes de nuestra escuela, preocupados por ser vistos por los demás como sospechosos, simplemente por el hecho de ser jóvenes y pobres. Otras organizaciones tenían mayor formalización: mujeres de un barrio popular que estaban luchando contra la contaminación que existe en su zona y que provocaba enfermedades y muertes. También había algunas consolidadas organizativamente y con alcances, como la agrupación H.I.J.O.S. Ésos eran los tipos de organizaciones que habíamos invitado. Y les pedimos que contaran por qué razones querían hacerse ver y oír por los demás, cómo trataban de hacerlo, qué dificultades y obstáculos habían encontrado, así como también qué logros habían podido obtener.

No voy a dar cuenta aquí de todo lo que se dijo en esa reunión, pero quiero compartir con ustedes algunas razones acerca de por qué denominamos a esa actividad *Del murmullo a la palabra*. Partimos de la convicción de que en nuestra sociedad hay una enorme cantidad de organizaciones y movimientos sociales que están pugnando por hacerse ver y escuchar. Esto no es algo nuevo, sin embargo creo que nosotros, los comunicadores (de distintas facultades), somos capaces de escuchar ese murmullo. Y somos capaces de hacerlo porque ponemos el oído. Vaya entonces una primera reflexión: el murmullo se puede escuchar. Ese murmullo para nosotros constituye una práctica que vivifica, es decir, una práctica que da fuerza a los individuos. Es esa fuerza que se cobra cuando uno puede decir quién es. Ese murmullo convierte en solidaridad lo que en nuestra sociedad a veces puede ser puro asistencialismo, pura buena voluntad. Ese murmullo aglutina, permite aprendizajes.

Nuestro interrogante, sin embargo, era cómo transformar el murmullo en palabra. Cuando hablamos de palabra, nos referimos a un acto de enunciación claro y distinto, capaz de ser dicho y oído públicamente. Una palabra que no sea hablada por los otros. Y somos conscientes de que el murmullo existente no siempre se convierte en palabra clara y distinta, que hay dificultades para ello, porque se trata de una palabra capaz de pronunciar cuál es el orden social que se quiere construir; de una palabra política. Y hay murmullos que no van a ser jamás palabras porque están ensimismados.

Ensimismamiento en la voluntad de pronunciarse a sí mismos. Y es en este punto dónde creo que vale hacerse algunas preguntas acerca de la comunicación comunitaria.

Reflexionar sobre horizontes y cambiar de rumbo

¿Cuál es –creo que conviene preguntarse– el horizonte de la comunicación comunitaria? Mi intención no es afirmar cuál debe ser ese horizonte. Trataré en cambio de pensar en él a partir de algunas experiencias que mejor conozco. En este sentido, creo que se puede reconocer –por lo menos– la existencia de dos tipos de horizontes muy distintos.

Por un lado, hay quienes tienen como horizonte de la comunicación comunitaria una meta que hace de la comunidad una suerte de refugio muy precario. Me refiero a una cantidad de experiencias y de prácticas de comunicación que se caracterizan a sí mismas como orientadas a fortalecer ciertos lazos comunitarios. Una comunidad, como bien se sabe, no alude solamente a la existencia de un grupo de individuos, sino que además refiere a las interacciones que se construyen dentro del mismo. Hay algunas prácticas de comunicación cuyo horizonte caracterizo como un refugio precario, ya que se detienen en la idea de lograr la fortaleza de un espacio restringido en el cual sus actores se identifican y mueven.

Otras prácticas, en cambio, asumen un horizonte mayor. Se trata de un horizonte que se plantea como meta o desafío, que no tiene que ver estrictamente con lo que pasa dentro de la comunidad o el grupo inmediato. Son experiencias que, sin negar la importancia de construir lo propio, saben que hay algo que las excede y que, decididamente, no tiene que ver con lo inmediatamente propio sino con algo que las excede pero que le otorga sentido y proyección.

Ese horizonte de la comunicación comunitaria es uno de los temas sobre los que hay que reflexionar fuertemente, no sólo en relación con cada práctica sino también para seguir pensando y construyendo nuevas herramientas de trabajo.

Es como cuando uno emprende un camino o un viaje. Allá, al fondo, hay algo que es el horizonte. Si uno lo tiene medianamente

entrevisto, aunque no exista total claridad al respecto, puede pararse al lado del camino o puede desviarse por alguna senda secundaria y hasta llegar a perderse... pero uno sabe o casi sabe adónde va y ello permite retomar el rumbo. Pero –como pasa también en los viajes– cuando uno llega a aquello que entrevió como horizonte, aparece uno nuevo. Uno mira y a lo lejos hay otro horizonte. Cuando uno llega, lo que parecía el horizonte comienza a verse de manera distinta. En ese sentido, considero que desde la comunicación comunitaria nos tendríamos que parar siempre frente al horizonte. Son metas y desafíos que exceden lo particular pero frente a los cuales resultaría peligroso –en tanto y en cuanto la comunicación comunitaria se plantea como un terreno de construcción colectiva– tener demasiadas certezas. Esos horizontes son inciertos, móviles e igualmente necesarios para andar.

En este punto me gustaría detenerme a pensar acerca de cómo se acumulan fuerzas para desarrollar tareas de comunicación comunitaria, de dónde se sacan las energías cuando las cosas no salen demasiado bien, para que el trabajo siga motivando y continúe creciendo. Creo que esa acumulación de fuerzas es posible cuando uno tiene medianamente claro el horizonte. Aun con toda la incertidumbre que nos rodea, ese horizonte es el único lugar desde el que uno puede ver –día a día– cómo la práctica acerca o aleja. Sólo teniendo más o menos claro ese horizonte se puede tomar cierta distancia y cambiar el rumbo.

Ésa es una de las dificultades que experimentamos a veces quienes asumimos como parte de nuestras prácticas profesionales la tarea de acompañar y promover la comunicación en relación con organizaciones sociales. Porque cambiar el rumbo es, por ejemplo, devolver el dinero que nos han dado para un subsidio cuando consideramos que las tareas planificadas serán irrelevantes o hasta contraproducentes... o reconocer que algo no ha funcionado como esperábamos o que no sabemos cómo hacer algo que en los papeles, en la planificación de tareas parecía adecuado y sencillo de ejecutar...

La perspectiva del “ir con los otros”

Me parece que hay demasiadas experiencias construidas –siguiendo con la metáfora del camino– desde la idea del estar y no tantas

desde la perspectiva del ir. Es decir, hay en la comunicación comunitaria una gran cantidad de construcciones del estar que se vinculan fuertemente con el “¿quién soy?”. Y no está mal que se trabajen los procesos identitarios, ni que se trabaje el reconocimiento, pero creo que hay algunas experiencias que, además de trabajar sobre eso, tienen la virtud de trabajar aquel horizonte del ir. Hablo de ir hacia una meta, hacia un desafío. Se puede decir –y de hecho a veces lo dicen, por eso me anticipo– que esta idea del finalismo en los procesos de comunicación comunitaria podría ser fruto de visiones políticas teleológicas que ya mostraron su inutilidad y su fracaso en términos históricos. En algún sentido puedo estar de acuerdo con eso: cuando por horizonte entendemos un futuro diseñado de manera cerrada por grupos que, quizás sin quererlo, asumen casi el papel de vanguardia ilustrada; o bien cuando por camino se entiende un conjunto de recetas o de metodologías ya aceptadas que se siguen aplicando. También cuando el andar vale más que los sujetos que caminan, o cuando se niega que en ese caminar va a haber destiempos, ritmos distintos y modalidades de transitar muy diferentes. Sin embargo, no estoy de acuerdo con eso cuando el trabajo del estar se convierte en ensimismamiento, en puro trabajo de expresividad grupal que fortalece internamente pero que termina alentando la construcción de un nosotros incapaz de entablar un diálogo con los otros. En verdad encuentro que hay muchas experiencias de comunicación comunitaria de ese tipo.

Por otra parte, se ha hablado hasta el cansancio acerca de uno de los problemas político-culturales más serios de nuestro país: el quiebre de anteriores condiciones de agrupamiento y de participación social. Esto se suele nombrar como la creciente desafilación de los individuos respecto de las instituciones y de espacios en los que antaño nos constituíamos como actores de la vida en común. En este sentido, se ha hablado mucho de la necesidad de recomponer el tejido social, de reconstruir viejos lazos comunitarios, etc. No obstante ello, muchas veces me pregunto hasta qué punto en las experiencias de comunicación comunitaria se hace visible este diagnóstico tan extendido, que surgió en un momento de nuestro país y que hoy parece conjugarse con un diagnóstico que habla de aquella capacidad organizativa y reivindicativa que va creciendo –el murmullo al que

me refiero— y que si no llega a constituirse en palabra es por la incapacidad de articulación que existe entre esas prácticas particulares.

Hacia una conceptualización de la comunidad y lo comunitario

En este punto quisiera proponerles otro punto de reflexión: cuando los términos comunicación popular y comunicación alternativa fueron sustituidos por la noción de comunicación comunitaria, algunos señalamos que eso merecía un fuerte debate, es decir, discusiones teóricas y políticas. Considero que todavía son debates no saldados. Seguramente hay muchas razones que intervinieron en ello y no es éste el momento de replantearlo. De todos modos, más allá de esta falencia que arrastramos, me parece que es aún necesario conceptualizar lo que la comunidad y lo comunitario nombran.

En general, por *comunidad* se entiende a agrupamientos de individuos en los que se produce una serie de interacciones fundadas en valores, en significados, en fines, en expectativas compartidas. Es una noción bastante habitual de comunidad, o que por lo menos puede leerse en muchas de las prácticas. Sin embargo encuentro que ese tipo de conceptualización puede inducir a un error, que se me hace visible en muchas ocasiones: pensar lo compartido como sinónimo de lo acordado y de lo consensuado. Creo que lo compartido alude a lo que se reconoce como propio, pero de ninguna manera puede nombrar el acuerdo o el consenso.

Así como se ha venido instalando una cierta idea de la democracia como sistema de los acuerdos y los consensos, también se ha instalado una noción de comunidad en la cual el conflicto ha desaparecido. Entonces, frente a eso, otra reflexión: la comunidad o lo comunitario no puede ser nunca el paraíso. No sólo porque siempre va a existir el conflicto, sino porque en cualquier proceso de interacción humana y social está presente el poder y la lucha por el mismo. Y éste es otro de los elementos que a menudo, en muchas experiencias de comunicación comunitaria, se soslaya y se elude. Pero en ese eludir el conflicto, lo único que logramos es reproducir un

estado ideal, equivalente a creer que cuando alguien pronuncia su palabra ha podido convertir en igualdad la profunda desigualdad, en acuerdo, en idea compartida, lo que es meramente una yuxtaposición de palabras, una tras otra.

Por un marco mayor

Esa constatación me lleva a plantear otras problemáticas que debemos atender en relación con la comunicación comunitaria. Muchas veces el encierro en la comunidad no permite pensar a las comunidades, sean del tipo que sean, inscriptas en un contexto mayor. La práctica indica que aun en situaciones en las que algunas comunidades logran hacer explícitas sus voluntades políticas, sus conflictos, sus acuerdos y sus desacuerdos, son fácilmente vulnerables si quedan encerradas en sí mismas. Son vulneradas en ese marco mayor, en esa sociedad en la que se desenvuelven, donde de alguna manera no han podido procesarse las fuerzas que actúan, los poderes que están en pugna y que inevitablemente van a afectar a la comunidad, por democrática y participativa que sea.

En este sentido, a más de uno de nosotros nos ha tocado ver cómo algunas comunidades que se organizaron en el marco de la crisis de 2001 (me refiero a barrios, cooperativas vecinales, comedores comunitarios, etc.) a partir de una gran necesidad, pero también de un importante resurgir político, fueron finalmente destruidas desde afuera por la utilización que ciertos movimientos políticos y el propio Estado hicieron de aquellas necesidades e intereses. Al menos, fue la realidad que pudimos observar en Córdoba. Y se trata de una realidad que todavía no veo procesada desde muchas de las prácticas de comunicación comunitaria que se desarrollaron, porque finalmente sintieron que habían fracasado cuando lo que se había construido como interacción, como valor compartido, como diseño de experiencia conjunta, era desarticulado rápidamente. Desarticulados por un diseño de sociedad de asistidos, en vez de un diseño de sociedad de trabajadores; desarticulados aquellos esfuerzos organizativos, expresivos, construidos con mucha participación, debido a la capacidad de cooptación o de disgregación derivada de un cierto proyecto político-económico.

Trabajar en conjunto asumiéndose como actor social

Hasta aquí las cuestiones que más me preocupan cuando pienso en la comunicación comunitaria, que son también los problemas y preocupaciones que comparto con compañeros, con estudiantes, docentes y militantes que intentan reflexionar sobre las prácticas que realizan diariamente. A partir de ello, me animo a destacar, al menos, lo que considero que son nuestros puntos de fuerza, aquello que se está haciendo desde múltiples y diversas experiencias y que nos da la luz para seguir andando por estos terrenos.

Una gran enseñanza que nos dejan muchas de esas experiencias es la convicción de que la comunicación posibilita la producción de significados y expectativas compartidas. Existen ejercicios –en el sentido de esfuerzos y trabajo– de comunicación comunitaria que constituyen espacios efectivos para el reconocimiento de las diferencias, de las coincidencias, para revelar y procesar conflictos, para establecer acuerdos. Y esas son las experiencias de las que tenemos que aprender.

Otra dimensión que considero digna de destacar es que actualmente muchas experiencias enfatizan fuertemente la necesidad de la información. Sin embargo, en tiempos donde se instala con fuerza el pensamiento único, creo que algunas experiencias de comunicación comunitaria nos están mostrando que sin una re-informatización de la sociedad es muy difícil construir alternativas que quiebren las lógicas predominantes y el sentido común. Cuando hablo de re-informatización de la sociedad me refiero a un proceso de informatización desde otra perspectiva. No me estoy refiriendo sólo a esa dimensión que habitualmente trabajamos –la información acerca de lo propio, de lo local y lo particular– sino más bien a la necesidad de trabajar para incorporar conocimientos, saberes que son negados, para cuestionar las agendas que se construyen desde los medios masivos pero también desde las instituciones educativas y desde el Estado.

Este desafío impone, para la comunicación comunitaria, la necesidad de entablar alianzas y acuerdos para la práctica de la comunicación comunitaria; alianzas que no sólo pueden ser acuerdos de

naturaleza política sino que han de ser también acuerdos de trabajo institucional compartido y sustentable. Es en este sentido que creo tenemos una obligación no sólo como universitarios sino también como profesionales –aunque ya no estemos en la Universidad–, una obligación como gente que ha tenido y tiene la oportunidad de contar con un capital simbólico del que otros carecen y que a veces se regatea o encubre bajo la forma de pretendidas modestias o actitudes basistas.

La comunicación comunitaria debe ser un espacio de integración de diferentes grupos. No sólo de grupos de la misma comunidad sino de personas e instituciones que, situadas en distintos lugares, pueden compartir un mismo horizonte político. Siempre reconociendo las diferencias y asumiéndose como actores sociales diferentes, aunque con una misma obligación y legitimidad para actuar en política.

Por eso mismo, si en el trabajo que realizamos desde nuestras instituciones en los barrios o en relación con organizaciones sociales, no nos asumimos como un actor social de pleno derecho y nos concebimos sólo como alguien que coopera o que se compromete con otro a quien reconocemos una mayor legitimidad en términos sociales y políticos, estamos en serios problemas. Porque si, como solía decir Armand Mattelart hace mucho tiempo, sentimos la disminución de ser “el pequeño burgués ilustrado”, estamos negando la posibilidad de construir verdaderas alternativas políticas plurales, fundadas en el reconocimiento de las diferencias y negamos o encubrimos el riesgo de la confrontación, del desacuerdo, del carácter político y no meramente profesional o técnico de nuestras intervenciones.

Si de verdad creemos y pensamos que la comunicación es una práctica de interacción y de construcción de sentidos a partir de la cual se construye la socialidad, es decir, nuestros modos de ser y estar juntos, tenemos que asumir que nuestra palabra interviene en esa construcción, aunque pensemos que es sólo una palabra de cooperación y de apoyo. Siempre interviene. Y el mejor modo que tenemos de intervenir es asumiendo plenamente que nuestra intervención, lo deseemos o no, es una intervención política.

Momentos de una red discursiva

Hay una gran gama de experiencias de comunicación comunitaria que van trabajando como pueden y como saben este asunto del intervenir, pero me parece muy interesante tratar de leer aquellas en las que la *intervención* implica realmente jugarse en el mismo terreno, junto a todos los otros actores sociales con los cuales nos relacionamos.

La comunicación comunitaria busca espacios de articulación con otras instancias mayores de comunicación de diversos modos. Ésta es nada más que un momento de una red discursiva mucho mayor, en la que los procesos, las prácticas y los productos de comunicación comunitaria están inscriptos. Es muy interesante ver que la práctica de la comunicación comunitaria no se restringe al recurso propio, a lo que se tiene, sino que se busca una ampliación permanente.

Durante muchos años tuvimos polémicas, a veces desgastantes e inútiles, en las que se discutía si la comunicación popular y alternativa debía ser o no masiva. Tales debates nos permitieron, luego de mucho tiempo, entender que si lo popular y alternativo no buscaba la masividad, iba a lograr de manera muy precaria sus finalidades. Lo que hoy tenemos que plantearnos, a partir de estas múltiples experiencias, es cómo la comunicación comunitaria puede –y de hecho ya lo hace en algunos casos– modificar agendas, instalarse en otros medios, en otros espacios, visibilizar temáticas, voces, actores que no están presentes en la escena pública. Las prácticas de comunicación comunitaria se inscriben en un *diálogo* ya existente que, en gran medida, se realiza en los medios masivos de comunicación. Por ello debe asumirse el desafío de intentar ser parte de ese diálogo, para lo cual también debemos explorar el trabajo con algunos profesionales de la comunicación que desde esos propios medios y en otros espacios pueden compartir visiones y búsquedas. En ese sentido hay todavía una enorme tarea por hacer. Me refiero nuevamente a crear agendas, instalar actores sociales, instalar temas en los distintos medios, en instituciones públicas, incluso a nivel del Estado. Por eso quisiera plantear las vinculaciones entre prácticas de comunicación comunitaria y construcción de ciudadanía.

Acerca de la ciudadanía

Así como podemos pensar que la comunicación comunitaria vino a reemplazar –como noción– a la idea de comunicación popular, hay quienes argumentan que la noción de ciudadanía empezó a utilizarse en distintos ámbitos, cuando ya no convenía hablar de los sectores populares, del pueblo o de la clase trabajadora. Me parece que no está mal interrogarse sobre qué nombra la noción de ciudadanía actualmente, para no dar lugar a ambigüedades.

Para nosotros lo que nombra esta noción, más allá de su dimensión jurídica innegable, se relaciona con el *derecho a tener derechos*. Es decir, la noción de ciudadanía, tal como la vienen trabajando numerosos teóricos políticos, habla del reconocimiento de derechos pero también de su efectivo ejercicio y de su ampliación; es decir, de la posibilidad de que lo que está escrito normativamente se cumpla y de que lo que no está escrito se pueda escribir como parte de la disputa por el orden social que se anhela.

En ese sentido, quiero retomar una idea formulada por algunos teóricos políticos, según la cual la *ciudadanía* no es un estado permanente. Vale decir, uno no es ciudadano todo el tiempo; se es ciudadano todo el tiempo sólo en términos jurídicos. Siempre tenemos formalmente unos ciertos derechos, desde que nos levantamos hasta que nos acostamos; la Constitución está ahí y las leyes están ahí. Eso sí constituye un estado permanente al menos mientras rige la institucionalidad democrática. Pero desde un punto de vista político –según señalan algunos autores– no somos ciudadanos todo el tiempo. Uno es ciudadano cada vez que demanda y propone algo que tiene que ver con el campo de los derechos en la esfera pública. Uno es ciudadano cuando puede expresar las demandas y las propuestas, que ha podido construir como fruto de un ejercicio colectivo de reconocimiento de necesidades e intereses y un ejercicio de análisis acerca de los poderes que niegan la posibilidad de satisfacerlas o hacerlos realidad. En este sentido, se es ciudadano cuando se irrumpe en la esfera pública para hacer visible la falta de derechos o la necesidad de nuevos derechos.

Ahora bien, ¿por qué nos es útil esa renovada noción de ciudadanía? ¿Por qué nos ayuda a pensar de otra forma la comunicación?

Porque al asumir esta perspectiva sobre la ciudadanía podemos decir que la misma es imposible sin la comunicación. No hay modo de demandar y proponer en la esfera pública, de hacer surgir nuevas ideas de un colectivo, sino a través de la comunicación, de la posibilidad de hablar, de expresarse y participar. En este punto nosotros cuestionamos enfáticamente la idea de comunicación como herramienta o instrumento. Sostenemos que la *comunicación* es una práctica instituyente de nuestra condición de ciudadanos. No se puede ser ciudadano si no se puede expresar en la esfera pública la carencia de derechos y la lucha por nuevos derechos.

El derecho a la comunicación pública

Desde esta perspectiva, podemos reconocer nuevas preocupaciones. Realizando una serie de estudios con las organizaciones sociales de Córdoba, encontramos que existe una débil puesta en relación entre sus prácticas organizativas, sus prácticas reivindicativas, lo que quieren alcanzar en términos políticos y el reconocimiento de lo sustancial que son para ello los derechos a la información y a la comunicación.

Son muy escasas las organizaciones sociales de Córdoba que luchan para revertir, por ejemplo, el incumplimiento de ciertas normativas vinculadas a esos derechos que tenemos en nuestra provincia, por ejemplo, el derecho a la información pública. Casi no existen organizaciones sociales y políticas que estén interviniendo en los debates para que tengamos una nueva ley de radiodifusión, por ejemplo. Tampoco se vislumbran procesos y trabajos en torno a lo que deberían ser los medios públicos en la ciudad y en la provincia. Es cierto que desde el sindicato de prensa local y desde la Universidad se trabajan estas dimensiones y se busca motivar para que otros sectores sociales participen en debates e iniciativas sobre esas temáticas. Pero los resultados son débiles.

En otros estudios hemos comprobado que existe una difusa idea acerca de los derechos constitucionales a la expresión y a la comunicación que tenemos los individuos en nuestra sociedad. Una idea difusa porque, mientras los datos de una encuesta realizada como par-

te de esos estudios nos indican que más del cincuenta por ciento de la población de Córdoba alcanza a reconocer esos derechos, esa misma población está conforme con la información que le brindan los medios. Reconocen que hay desigualdades expresivas, que algunos tienen más posibilidades de comunicarse que otros, pero para ellos las razones son fundamentalmente políticas y económicas, mientras los medios de comunicación parecieran no tener mayores responsabilidades en esa situación. Nos resulta preocupante encontrar una zona no problematizada de la sociedad y de las prácticas sociales: la comunicación mediática; pública. Se trata de una zona que está problematizada sólo por quienes trabajamos en el campo de la comunicación, llámese comunitaria, popular o alternativa. Nosotros queremos construir y estamos construyendo otra comunicación, pero el conjunto del movimiento social parece no haber asumido aún como propia la lucha por una comunicación diferente. Asimismo, nos estamos encontrando con que muchas veces las organizaciones sociales y políticas que quieren hacerse ver y oír, como aquellas que habíamos convocado a participar en el espacio *Del murmullo a la palabra*, recurren sistemáticamente a estrategias propagandísticas y publicitarias, que son las que más cabida tienen en el sistema de medios consolidado. Es decir, en función de su necesidad de lograr visibilidad aceptan de algún modo la lógica comunicativa que los medios instalan hegemónicamente.

Un desafío para la comunicación comunitaria

Son varios los teóricos de la ciudadanía que reconocen en el desempleo una de las mayores trabas para acceder a la posibilidad de ser ciudadano: el desempleado no cuenta salarialmente, queda fuera de lo que se suelen denominar cadenas sociales aseguradoras; se ve privado (él mismo y sus familiares) del acceso a la educación y la salud pero también a una vivienda digna. Desde el terreno de la pura necesidad material a que se ve reducida su vida, resulta empobrecida su capacidad de asumirse como actor político. Pero sin minimizar los efectos del desempleo como dispositivo de descuidanización, quisiera señalar que las grandes mayorías excluidas del derecho a la información y la comunicación pública, tampoco

cuentan y ven seriamente limitadas sus posibilidades de ser ciudadanos.

En este sentido, podemos decir que uno de los desafíos de la comunicación comunitaria hoy es aquello que hace algunos años Jesús Martín Barbero señaló que debía ser el desafío para los comunicadores en Colombia y que creo que también es un desafío para nosotros. Martín Barbero decía que el mayor desafío para los comunicadores en Colombia era poner “aquel país roto a contar”. Y remarcaba que al término contar lo usaba en un doble sentido: tanto en el sentido de narrar, de contar qué somos, quiénes somos, qué queremos y qué buscamos; como en el sentido de ser tenidos en cuenta.

La comunicación comunitaria debe asumir ese desafío: reconocer que sin una palabra cada vez más clara y distinta, capaz de expresar lo que busca, de reconocer a aquél con quien puede hablar y a aquél a quien hay que identificar como el que priva a los demás de su derecho a hablar, no podremos jamás contar. Y la búsqueda de esa palabra clara y distinta no puede restringirse, como he tratado de manifestar, al desarrollo exitoso de algunas experiencias grupales, ensimismadas en sus logros, sino en el horizonte mayor del diálogo común a toda la sociedad. Es allí donde la comunicación comunitaria debe ensanchar sus perspectivas, innovar estrategias, asumir riesgos, para ir generando condiciones que permitan la emergencia del murmullo con autonomía y legitimidad. No somos los comunicadores los únicos que debemos asumir el desafío; pero tenemos, al respecto, una obligación mayúscula.

Por eso, cada vez que nos reunimos, cada vez que sistematizamos o analizamos nuestras experiencias, creo que se impone marcar lo que se va logrando, pero también reconocer lo que falta. De lo contrario, desde la comunicación comunitaria corremos el riesgo de autocomplacernos perdiendo de vista ese horizonte mayor en el que ella necesariamente debe inscribirse si anhelamos modificar las lógicas comunicativas dominantes, que no sólo regulan medios y lenguajes sino la verdadera posibilidad de ser sujetos.